

Un árbol me es más caro que un hombre.

BEETHOVEN

Está ya prevenido que los árboles no
lleguen al cielo.

J.W. GOETHE

Los árboles fueron los primeros templos
de la Divinidad.

PLINIO

Los pájaros revolotean para posarse en
un árbol y yo creo haberles oído decir:
—No es que no haya aquí otros hombres,
pero este es el que nosotros preferimos.

EZRA POUND

NOTA EDITORIAL

Procedente del archivo custodiado por la Fundación Carlos Edmundo de Ory, el mecanoscrito original de *Humanismo del árbol*, que lleva fecha de 1967 junto a la leyenda «Fundación Juan March», consta de cuarenta y nueve páginas, incluidos portadilla e índice, en las que el autor introdujo tachaduras y correcciones a mano, incorporadas a la edición final del texto. Según informa el director de la Fundación y estudioso de Ory, Salvador García, una versión del «Prefacio», fechada el 3 de marzo de 1950, fue publicada en un medio no identificado de Madrid, pero la primera mención a la «idea repentina de escribir un libro sobre los árboles, con el título *Cartas sobre los árboles*», se encuentra en el primer tomo del *Diario*, en una anotación del 19 de enero de 1955. Consta por una invitación conservada en el archivo de la Fundación que dos años después, en 1957, Ory dio una conferencia en Perú sobre el mismo tema, repetida por el autor varias veces —la impartida en la March es la que ha permitido restituir el texto— a lo largo de los años sesenta. En el archivo 106 de la Fundación, donde está toda la documentación referida a la materia —central en la poética de Ory y probablemente vinculada,

como sugiere Salvador García, a la impresión que le producían de niño los dos enormes ficus de la Alameda Apodaca, junto al Baluarte de la Candelaria, no lejos del lugar donde hoy se erige su estatua sin peana, a ras de tierra—, figura también un cuaderno de citas en el que fue anotando las que aparecen en el ensayo, señaladas en rojo, y muchas otras tomadas de sus lecturas. Él mismo indicaba, en una versión manuscrita, previa a la aquí reproducida, que el *librito* «admitía infinitas posibilidades de nuevos aportes».

La transcripción mantiene algunos usos peculiares del ensayista y su recurso enfático a las mayúsculas iniciales en ciertos términos, no cuando el procedimiento se extiende a palabras completas. Los pasajes en otras lenguas se han confrontado con los originales, pues en algunos casos Ory parece haber citado de memoria, para restituir en su caso las palabras literales conforme a versiones autorizadas. También se ha optado por dar las grafías hoy más difundidas de los nombres extranjeros. Y por eliminar algunos pasajes repetidos, por ejemplo de Virgilio o Florensky. En relación con la estructura, entre «Árboles y música» y «Sobre la altura de los árboles», Ory incluye —también en el índice— un epígrafe mayor, titulado «La selva y el bosque», que sugiere que los cuatro últimos capítulos conforman un bloque diferenciado, pero ni el tono ni el contenido se distinguen de los precedentes. Y por otra parte la cita de Wordsworth que figura en el original inmediatamente después de ese epígrafe ya ha aparecido arriba, en el capítulo «Botánica trascendental». Por ambas razones, y porque al tratar de

los bosques no deja de hacerlo de los árboles, con una continuidad expresa en pasajes que citan o retoman los anteriores, se ha optado por prescindir de la marca interna —tanto del epígrafe como de los versos reiterados— para dar la secuencia sin jerarquías.

Los editores agradecen la cordial e imprescindible colaboración del director de la Fundación y la generosidad de su presidenta, Laure Lachéroy, compañera y albacea de Ory. Sirva también esta edición como tributo al poeta en el año de su centenario.

PREFACIO

El hombre conserva una relación sagrada y mítica con el Árbol. El árbol, plantado en la tierra, es un ser de raíces, cuyo cuerpo de múltiples formas, aunque inconfundible en tanto que cuerpo por las verticalidades de esas mismas formas, a veces tortuosas, aspira a la elevación y sube de grado. Comunica con el cielo y los pájaros, criaturas de cielos, van a posarse en ellos confiadamente y no en la cabeza de los hombres. Los pájaros fundan sus nidos en los árboles y quizás ellos son las sillas de los ángeles invisibles. En las pinturas antiguas de simbología cristiana vemos esta relación del ángel y el árbol. Pero la afinidad que existe entre el árbol y el hombre es más visible y eterna. La savia del uno, la sangre del otro los hermana en el misterio de la vida en una existencia terrestre que tiende a la elevación. Sólo que el árbol es más duro, más fuerte, y por ello alcanza una longevidad que tan sólo obtuvieran hombres bíblicos.

Todos sabemos que existen los amigos del árbol. Se trata de una amistad inmemorial, al principio mítica y sagrada, que llegó a ser organizada socialmente. Repartidos por el mundo, individualmente y anónimos, los amigos del árbol son numerosos. No pensamos

exclusivamente en poetas, ni tampoco en botánicos. En verdad que los poetas siempre hablan de árboles. Así como los naturalistas científicos no pueden pasarse del estudio de plantas y toda clase de árboles. Lo que cuesta creer es que pueda sentirse indiferencia delante de un árbol. Porque es la patria universal de la mirada al universo misterioso. El árbol es el más eminente poste de la Humanidad. El árbol es el asta de ninguna bandera. Basta decir de él que representa la insignia de la tierra. Bajo el significado milenario de su existencia, el árbol adquiere una enigmática —si no emblemática— dignidad paternal sobre la raza humana. El alma primitiva del hombre se compenetra y liga física y metafísicamente con el alma y el cuerpo del árbol. Tal es su cronología mística y legendaria como ser viviente en relación con el ser vivo —el hombre— en esta *terra firma* del cosmos.

Cuando el globo comenzó a poblarse, sabemos que sus primeros pobladores corrieron hacia los árboles para servirse de ellos. Allí habrían de conseguir sus fines prácticos conforme a sus instintos de salvación. El primer estímulo del hombre arranca del deseo de conservarse —salvarse de un daño— y busca su casa en el árbol. Pensemos en los árboles cuando estaban solos. Todavía la Naturaleza no había sido contaminada por el dolor humano. Mucho antes del Paraíso Terrenal organizado; mucho antes del mágico comienzo de la vegetación soberbia, allá en la Aurora de la Humanidad, «los árboles gimen a solas, criaturas condenadas a lentos crecimientos, encadenados de raíz a la tierra, queriendo permanecer en su mudo dolor». Gimen a

solas dentro de la vastedad inhumana. Luego, más tarde, en la Edad de Oro, *los árboles presencian el empuje de la pureza humana*. Bajo su follaje delira la *Druidesa* en la prehistórica noche lunar. Entonces es cuando se intensifica y determina de un modo ritual-mágico, el sentimiento de algo sobrenatural: sentimiento *directo* de la revelación divina. La presencia del árbol preestablece con la sombra tutelar, con su frescor numinoso, *el primer eslabón profético del Oráculo lunar determinado y delimitado por la identificación inequívoca del árbol predestinado*.

No hemos hecho sino evocar a la sacerdotisa Druida, inspirada por la luna bajo el encantamiento arbóreo a través del cual recibía los altísimos mensajes celestes. Vemos así cómo desde las primeras edades del mundo preadámico, el papel del árbol sobre la conciencia cósmica del hombre estribaba de manera exclusiva en conferir una constante eterna de Predestinación y de Protección, mediante la advocación sobrehumana en las percepciones mentales de representación así como en la concepción del mundo por la voluntad.

Toda la larga e infinita Lucha cruenta e incruenta llevada a cabo desde el comienzo de las edades por la victoria de uno de los dos principios opuestos y antagónicos que denominamos el Bien y el Mal, esto es, la guerra inmemorial entre el Espíritu y la Carne, entre el Cordero y la Serpiente —la fuerza telúrica y la fuerza extratelúrica—, se desarrolló siempre, real y simbólicamente, en torno a la inconfundible silueta y a través del inconfundible perfume del árbol, engendrado por la Tierra Madre, por Deméter. El

árbol fue, antes del Pecado, la casa donde el espíritu intranquilo hallaría la Paz. *Tienda fue para el patriarca; cobijo para el caminante; descanso para el fugitivo y sombra para el nómada.* Allí, junto al árbol, más viejo que el hombre, la infancia de la Humanidad armó su primera vivienda y su primer cuartel.

Fuera de la Mitología, donde tantos dioses se transforman en tal o cual árbol, queremos también descubrir la belleza y extraña energía psíquica del árbol en su universal paisaje. Fuera asimismo de la Botánica, deseamos respirar el ambiente entrañable del árbol como criatura viva que es. Nos interesa mostrar su trascendencia humana y espiritual a partir de su mundo interior de árbol y no sólo de su aspecto inconfundible.

Su mundo físico, psíquico y patológico. *Porque los árboles tienen enfermedades y pasiones. Sollozan y aman.* ¿Acaso nadie vio gemir con desesperación humana a un árbol? Fuera de su dura materia (aunque dentro de la Naturaleza) hemos de descubrir igualmente su impalpable metafísica. El poeta Jules Supervielle, en un poema titulado «El árbol», lo interroga en un verso: «Sí, porque, ¿cuál es tu sexo?...».

* * *

Penetremos un momento en la Biblia. Dice el Génesis: «Y había Jehová Dios hecho nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer: también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de ciencia del bien y del mal» (2, 9). No podemos detenernos aquí en estos misterios; nos basta con citar la palabra de Dios.